

A LOS JOVENES

A los jóvenes apareció por primera vez como serie de artículos en *Le Révolté*, de Ginebra, entre junio y agosto de 1880, y se incluyó a continuación en el volumen *Paroles d'un révolté*, editado por Flammarion en 1885. Su primera publicación en castellano parece haberse hecho en Granada, traducido por Esteban Leprice, y editado por V. Perales Reynaud (según dice el propio *Le Révolté*, VIII, núm. 4, y repiten Nettlau y Lamberet), pero no conocemos esta edición. En 1888 apareció como folleto por entregas en *El Socialismo*, de Cádiz, dirigido por Fermín Salvochea, órgano en el que se difundían masivamente, por aquellos años, los escritos de Kropotkin, y en 1895 se publicaba en *La Idea Libre*, de Madrid, dirigida por Ernesto Alvarez.

Se trata de un apasionado panfleto en el que se pueden observar las huellas populistas del joven Kropotkin frente al predominio de las pretensiones científicas que caracterizará su última época; está dirigido a estudiantes y profesionales jóvenes, ofreciéndoles la alternativa revolucionaria como más atractiva que la integración en la burguesía. Su éxito fue enorme. Max Nettlau, el gran historiador del anarquismo, lo consideraba el panfleto anarquista que a mayor número de lenguas había sido traducido. En España, ya en el siglo XX, y aparte de su inserción en *Palabras de un rebelde*, destaca la edición de Vértice, que, según sus propios datos, lanzó 160.000 ejemplares.

Como los cuatro escritos que le siguen, la versión que aquí presentamos —íntegra— está tomada de *Palabras de un rebelde*, compulsadas las tres ediciones existentes en la Biblioteca Nacional (Ed. Sempere, Valencia; Centro Edit. Presa, Barcelona, y Edit. Maucci, también Barcelona; las tres, sin fecha, aparecidas entre 1905 y 1914). Se ha intentado conservar en la medida de lo posible el estilo de la época, pero, dado lo deficiente de la traducción, se han introducido correcciones muy profundas a partir de la edición francesa de 1885 y de la inglesa aparecida en Justice, Londres, 1884, reproducida por Roger N. Baldwin en *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, New York, Dover Publications, 1970.

A éstos me dirijo; que los viejos —los viejos de corazón y de espíritu, entiéndase bien— no cansan sus ojos leyendo lo que no ha de afectarles en nada.

Supongo que tienes dieciocho o veinte años, has terminado tu estudio o aprendizaje y estás entrando en la vida; supongo también que tu inteligencia se ha liberado de la superstición con que han pretendido atrofiarla tus maestros; que no temes al demonio y que haces oídos sordos a los sofismas de los partidarios del oscurantismo; en una palabra, que no eres de esos desdichados engendros de una sociedad decadente que sólo se preocupan de la línea de sus pantalones o de lucir su figura de monos sabios en los paseos y que, desde su juventud, lo único que tienen es un insaciable ansia de placer a cualquier precio... Por el contrario, te juzgo inteligente y, sobre todo, de buenos sentimientos.

La primera cuestión que se plantea a tu inteligencia es ésta: «¿Qué voy a ser?» Te lo has preguntado muchas veces. Verdaderamente, cuando se está en esa temprana edad no se piensa en hacer mal alguno. Después de haber estudiado una ciencia o un arte —a expensas de la sociedad, nótese bien— nadie piensa en utilizar los conocimientos adquiridos como instrumento de explotación y en exclusivo beneficio personal, y muy depravado por el vicio debe estar el que no haya soñado alguna vez en ayudar a los que gimen en la miseria y en la ignorancia. Has tenido ese sueño, ¿no es verdad? Pues estudiemos el modo de convertirle en realidad.

No sé la posición social que ha precedido a tu nacimiento; quizá, favorecido por la suerte, has podido adquirir conocimientos científicos y eres médico, abogado, literato, etc.; si es así, ante ti se abren vastísimos horizontes y se te ofrece un porvenir sonriente. Si, por el contrario, eres hijo de trabajadores, sólo tienes los limitados conocimientos aprendidos en la escuela; pero tienes la ventaja de saber de primera mano lo que son el dolor, las privaciones y el trabajo.

* * *

Deténgamonos en el primer caso. Supongamos que has recibido una educación científica, por ejemplo Medicina. Vas a ser, pues, médico. El día de mañana, un hombre de manos callosas, vestido con una blusa obrera, vendrá a buscarte, para que asistas a una enferma, conduciéndote a casa de la paciente por una interminable serie de callejuelas,

cuyas casas respiran pobreza. Llegas, y te ves forzado a encaramarte por una estrecha escalera cuyo ambiente está cargado de hidrógeno por las emanaciones que despide la mecha de un farol cuyo aceite se ha agotado. Después de salvar dos, cuatro o treinta escalones, penetras en la habitación de la pobre enferma. El corazón te late con más violencia de la acostumbrada al contemplar a aquella infeliz tirada sobre un mal jergón, y aquellas cuatro o cinco criaturas, lívidas, tiritando de frío, acurrucadas al lado de su pobre madre, a fin de recoger el calor de la fiebre, sin apartar sus grandes ojos espantados de tu persona. El marido ha trabajado durante su vida doce y trece horas diarias en cosas diversas, pero ahora está parado desde hace tres meses: esto no es raro, la situación se repite periódicamente en algunos oficios. Antes no se notaba tanto su falta de trabajo, pues cuando ocurría, su mujer iba a lavar —quizá tus propias camisas— para ganar unos céntimos al día. Pero ahora, postrada en el lecho del dolor desde hace dos meses, le es imposible, y la miseria cierne sus negras alas sobre aquel escondrijo.

¿Qué le recetarás a la enferma, doctor? Al primer vistazo has comprendido que allí reina la anemia general; ¿le recomendarás carne, aire puro, ejercicio en el campo, una alcoba seca y bien ventilada? ¿Qué ironía! Si hubiera podido permitirte todo esto, lo hubiera hecho sin esperar tu consejo.

Y eso no es todo. Si tu exterior revela honradez y bondad, te referirán otras historias igual de tristes: la mujer de la otra habitación, el sonido de cuya tos desgarró el corazón a cualquiera, es una planchadora pobre; en el piso de abajo, todos los niños tienen fiebre; la lavandera que ocupa el piso alto no llegará a la primavera próxima; y en la casa de al lado, la situación es peor... ¿Qué les vas a decir a todos estos enfermos? Seguramente te gustaría recomendarles cambio de aire, un trabajo menos agotador, una alimentación sana y nutritiva... Pero no puedes, y abandonas aquellas catacumbas con el corazón angustiado.

Al día siguiente, y cuando todavía no has desechado la preocupación de la víspera, tu compañero te dice que ayer vino un criado en coche para que fueras a visitar al propietario de una casa elegante, donde estaba enferma de insomnio una señora cuya vida está consagrada a pintarse, hacer visitas, ir de baile y discutir con su estúpido marido. Tu compañero le ha recetado más tranquilidad, comida más digestiva, paseos al aire libre, menos disgustos y, a fin de conseguir el trabajo, ejercicios gimnásticos en su alcoba.

Una muere porque ha carecido de alimento y descanso durante toda su vida y la otra sufre porque nunca ha sabido lo que es trabajar.

Si eres uno de esos seres sin personalidad, que se adaptan a todo y que, ante un espectáculo triste y repugnante, se consuelan con dirigir una mirada de compasión y beberse una copa de coñac, te irás acostumbrando gradualmente a estos contrastes y no pensarás sino en elevarte al nivel de los que viven bien para evitar tener que rozarte en lo sucesivo con los desgraciados. Pero si, por el contrario, eres un Hombre; si tus sentimientos dirigen tu voluntad y si tu parte animal no domina al ser inteligente, volverás a casa diciéndote: «Esto es injusto, esto no puede continuar así por más tiempo. No es suficiente curar las enfermedades, es necesario evitarlas. ¡Abajo las medicinas! Aire, buena alimentación y un trabajo más racional; por ahí debe comenzarse; de otro modo, la profesión de médico sólo es un engaño y una farsa.»

En ese mismo instante comprenderás el socialismo y sentirás ganas de conocerlo bien. Y si el altruismo significa algo para ti, si aplicas al estudio de la cuestión social los argumentos lógicos de la filosofía natural, vendrás a nuestras filas y trabajarás con nosotros en pro de la revolución social.

* * *

Pero quizá se te ocurra: «¡Al diablo las cuestiones prácticas! Como el físico o el astrónomo, me consagraré a la investigación científica. Esto, sin duda, me producirá placer personal y además será útil para la sociedad, aunque sólo sea para generaciones futuras.»

En ese caso, yo pregunto: ¿en qué se diferencia el filósofo dedicado plenamente a satisfacer su mente del borracho que sólo busca en la bebida la inmediata satisfacción de un placer? Indudablemente el filósofo ha tenido más acierto en la elección de su goce, que es más profundo y duradero que el del borracho; pero ésta es la única diferencia: ambos lo hacen con el mismo objetivo hedonista e individual.

Pero supongamos que no desees llevar una vida egoísta y al dedicarte a la ciencia quieres trabajar en bien de la humanidad. Una gran ilusión. Mas asaltarán tu cerebro una formidable objeción y, por poco crítico que seas, comprenderás per-

fectamente que en esta sociedad la ciencia no es otra cosa que un apéndice de lujo que sirve para hacer más agradable la vida de unos cuantos, pero que es absolutamente inaccesible para la mayoría.

Hace más de un siglo que la ciencia ha sentado sobre bases razonables sólidas nociones referentes al origen del Universo. Pero ¿cuántos las conocen? Algunos miles, como mucho, desperdigados entre centenares de millones sumidos aún en supersticiones dignas de los salvajes y, por consiguiente, dispuestos a servir de marionetas a los impostores religiosos.

O bien lanza una ojeada sobre lo que ha hecho la ciencia para elaborar las bases racionales de la salud física y moral: la ciencia nos dice cómo debemos vivir para conservar la salud del cuerpo y mantener en buena condición a nuestra población. Pero todo ello es letra muerta, porque la ciencia sólo existe para un puñado de privilegiados, y porque las desigualdades que dividen a la sociedad en dos clases — explotados y detentadores del capital — hacen que sus enseñanzas sobre las condiciones racionales de la existencia sean la más amarga de las ironías para la inmensa mayoría de la humanidad.

Aún podría citar más ejemplos, pero no lo juzgo imprescindible. Lo importante no es amontonar verdades y descubrimientos científicos, sino extender los ya adquiridos, practicarlos en la vida diaria hasta que sean patrimonio común. Conviene ordenar de tal suerte las cosas que todo el género humano pueda comprenderlas y aplicarlas para que la ciencia deje de ser un lujo y se convierta en base de la vida de todos. Así lo exige la justicia.

Además, así lo requiere el interés mismo de la ciencia. La ciencia sólo avanza cuando sus verdades encuentran un medio preparado para ser aceptadas. La teoría enunciada el siglo pasado por Hir y Clausius ha permanecido durante más de ochenta años enterrada en los anales académicos hasta que los conocimientos de la física se extendieron lo suficiente para formar un público capaz de aceptarla; han sido necesarias tres generaciones para que las ideas de Erasmo Darwin sobre la evolución de las especies fuesen recogidas por su nieto y admitidas por los filósofos académicos, y esto porque se vieron obligados por la opinión pública. El filósofo, como el artista y el poeta, es siempre producto de la sociedad en que enseña y se mueve.

Si te convences de estas verdades comprenderás que es

de todo punto imprescindible cambiar radicalmente la situación que condena al filósofo a estar repleto de conocimientos científicos y al resto del género humano a permanecer en el estado de hace diez siglos, esto es, en el de esclavos y máquinas incapaces de asimilar las verdades demostradas. Desde el momento que te hayas persuadido de estas profundas verdades científicas y humanas irás perdiendo el gusto por la ciencia pura y trabajarás por encontrar el medio de efectuar la transformación social; y si utilizas en esta investigación la misma imparcialidad que te ha guiado en los estudios científicos, abrazarás sin remedio la causa del socialismo, harás tabla rasa de todos los sofismas y engrosarás nuestras filas. Cansado de procurar placeres a esa minoría que de tantos disfruta, pondrás todo tu saber y tu dedicación al servicio de los oprimidos.

Puedes estar seguro de que entonces el sentimiento del deber cumplido y la perfecta concordancia entre tus sentimientos y tus acciones te mostrarán una vida nueva que te era desconocida. Y cuando un día —día que indudablemente se aproxima, digan lo que digan tus profesores— se haya realizado el cambio que nos proponemos, entonces las nuevas fuerzas del trabajo científico colectivo, con la poderosa ayuda de ejércitos de trabajadores que vendrán a prestarle su concurso, harán que la ciencia dé un gran paso hacia adelante, comparado con el cual el lento progreso del presente parecerá un juego de niños. Entonces gozarás de la ciencia; y este goce será para todos.

* * *

Supongamos ahora que has terminado tu carrera de Derecho y, por consiguiente, te hallas a punto de desempeñar tu profesión ante los tribunales, lleno de ilusiones respecto a tu porvenir —presumo que tú también eres uno de esos espíritus nobles, capaz de tener sentimientos altruistas—. Quizá entonces pienses: «¿Hay algo más elevado que dedicar mi vida a una lucha tenaz contra la injusticia y aplicar mis facultades al triunfo de la ley, que es la expresión de la justicia suprema?» Comienzas el trabajo de tu vida confiado en ti mismo y en la profesión que has elegido.

Perfectamente: como todavía no tienes experiencia propia, recurramos a las crónicas judiciales para encontrar hechos reales que te ilustren.

Aquí tenemos, por ejemplo, un rico terrateniente que pide la expulsión de un colono que no ha podido pagar, por cualquier circunstancia fortuita, la renta convenida. Desde el punto de vista legal, no hay discusión; si el pobre labrador no paga, debe ser expulsado de la finca. La ley es inexorable. Si te conformas con los hechos externos, pedirás la expulsión creyendo que así cumples con tu deber; si, por el contrario, profundizas en el asunto, encontrarás que el propietario ha derrochado constantemente su renta, en tanto que el colono ha trabajado mucho, de sol a sol, todos los días de su vida; que el propietario no ha hecho nada para mejorar sus tierras y, sin embargo, el valor de éstas se ha triplicado en cincuenta años, debido quizá a la construcción de un ferrocarril o carretera, a la desecación de una laguna o a la roturación y cultivo de terrenos antes baldíos, pero sobre todo debido a los esfuerzos de aquel miserable colono a quien echan ahora del suelo que ha regado con su sudor; y ese colono se ha arruinado por haber caído en manos de los usureros, empeñando la piel y agotando implacablemente todos sus recursos. La ley, sin embargo, siempre a favor de la propiedad, es concluyente: el propietario tiene razón. Pero si tu sentimiento de justicia natural no ha sido aún suplantado por las ficciones legales, ¿qué harás? ¿Sostendrás que el colono debe ser arrojado a la calle, según ordena la ley, o sostendrás que lo justo es que el propietario devuelva al colono el aumento del valor de sus tierras, puesto que se debe muy principalmente al trabajo y cuidados de éste? Esto no está escrito en ningún Código, pero es lo que la equidad exige. ¿Qué partido tomarás: el de la ley contra la justicia, o el de la justicia contra la ley?

Y cuando se hayan declarado en huelga los trabajadores sin el aviso legal preceptivo, ¿a qué lado te inclinarás? ¿En favor de la ley, o sea del patrón que, aprovechándose de un periodo de crisis, ha conseguido ganancias fabulosas, o contra la ley y en defensa de los trabajadores, que durante todo ese tiempo sólo han percibido un pequeño jornal y visto morir de hambre a sus mujeres e hijos? ¿Defenderás esa ficción que consiste en afirmar la libertad contractual o mantendrás la equidad que estatuye que un contrato celebrado entre el que ha comido bien y el que no ha probado bocado y vende su fuerza de trabajo para subsistir, esto es, entre el fuerte y el débil, es un contrato leonino?

Pongamos otro ejemplo: un hombre que vagaba alrede-

dor de una carnicería robó un pedazo de carne; la gente corrió tras él gritando: ¡al ladrón!; se le detuvo e interrogó, averiguándose que era un artesano sin trabajo que hacía cuatro días no había comido ni él ni su familia. Se pidió al carnicero que lo dejase en libertad; pero éste era partidario de que se hiciera justicia (para los demás), y el hambriento fue sentenciado a seis meses de prisión. ¿No se sublevará tu conciencia contra una ley y una sociedad que pronuncia todos los días semejantes fallos?

¿Pedirás la aplicación de la ley contra un hombre que, privado de educación y maltratado desde su infancia, sin haber oído nunca palabras de afecto, termina su carrera asesinando, azuzado por el hambre, a un vecino para robarle unas pesetas? ¿Pedirás su muerte o, lo que es peor, que vaya veinte años a presidio, cuando te consta que es más bien un loco que un criminal y que, en todo caso, su crimen es obra de la sociedad entera? ¿Pedirás que vayan a presidio esos infelices tejedores que en un momento de desesperación prendieron fuego a la fábrica donde han consumido su existencia? ¿O que fusilen al insurrecto que enarbó en la barricada la bandera del porvenir, o que disparó contra un asesino coronado? No, seguro que no.

Si razones, en vez de repetir lo que se te ha enseñado; si analizas la ley y apartas de ella esas nebulosas ficciones con que se la ha envuelto a fin de ocultar su verdadera origen, que es el derecho del más fuerte, y su contenido, que ha sido siempre la consagración de todas las tiranías que han pesado sobre el género humano a través de su larga y sangrienta historia; si comprendes todo esto, sentirás un profundo desprecio por la ley y entenderás que servir a la ley escrita es una monstruosidad que te coloca diariamente en oposición con la ley de la conciencia. Y como esa lucha no puede ser eterna, tendrás que silenciar tu conciencia y decidirte a ser un miserable, o romperás con la tradición y vendrás a nuestro lado a trabajar por la completa destrucción de esta injusticia económica, social y política. Entonces serás *un socialista*, serás *un revolucionario*.

* * *

Y tú, joven ingeniero, que has soñado mejorar la suerte de los trabajadores aplicando los descubrimientos científicos a la industria, ¡qué tristes desengaños te esperan! Dedicas

la juvenil energía de tu inteligencia a la formación de un proyecto de ferrocarril que horadando montañas y salvando precipicios una dos países separados por la naturaleza. Una vez comenzada la obra, ves masas de obreros diezmados por las privaciones y las enfermedades, trabajando en el húmedo túnel, y otros que vuelven a sus casas con algunas monedas y los síntomas de la consunción; verás avanzar cada metro de la línea dejando cadáveres humanos en la cuneta, como resultado de la insaciable ambición de los empresarios; y cuando la obra se haya terminado, lejos de servir para el progreso, para que los pueblos trabajadores puedan comunicarse, verás que sirve para que la burguesía transporte sus ejércitos, invadiendo el país vecino.

Supongamos que has dedicado la flor de tu juventud a perfeccionar un invento que simplifique la producción, y después de muchos esfuerzos y noches en vela consigues ponerlo en práctica, y sus resultados sobrepujan tus cálculos. Las consecuencias primeras de tu adelanto las sufrirán los trabajadores. Mil, veinte mil, serán despedidos de las fábricas y reducidos a la miseria, y los que queden, en su mayoría niños, verán su trabajo mecanizado, reducido a servir a tu máquina; mientras que tres o cuatro burgueses, con la aplicación de la máquina de tu invención, se enriquecerán y beberán a la salud del medio que les facilita una mayor ganancia a costa del hambre de multitud de familias. No había previsto esto en tus noches en vela, ¿verdad?, ¿no podías creer que lo que considerabas un progreso beneficioso se convertiría, por este infame desorden social, en desdicha y miseria de tantos seres? Pues esto es lo que hoy ocurre: y, sin embargo, nosotros, amantes del progreso, aunque seamos sus víctimas, le bendecimos, ¡tanto amamos a la ciencia!, y maldecimos a sus detentadores.

Esto no es paradójico. Estudiados los recientes adelantos industriales, resulta que la costurera, por ejemplo, no ha ganado nada con la invención de la máquina de coser; que, a pesar de las perforadoras de diamante, el obrero muere de anquilosoma en el túnel de San Gotardo; que los albañiles carecen de trabajo a pesar de los ascensores Giffard. Si discutes, pues, los problemas sociales con esa independencia de criterio que te ha guiado en las investigaciones técnicas, deducirás necesariamente que, bajo el dominio de la propiedad privada y del régimen del salario, todo invento, lejos de aumentar el bienestar del obrero, hace más pesada su cadena, más degradante su trabajo; disminuye el tiempo

de ocupación, prolonga la crisis y sólo viene a añadir comodidades a la clase de los satisfechos.

Ahora bien: cuando te hayas convencido de esta gran verdad, ¿qué harás? ¿Acallar con sofismas los gritos de tu conciencia y procurar adquirir de cualquier modo los goces y placeres que disfrutaban los privilegiados olvidando los sueños de honradez de tu juventud? ¿Estarás entonces en el campo de los explotadores? ¿O bien obedecerás los impulsos del corazón, que te dice: «No, no es éste el momento de los inventos; trabajemos primero por transformar el modo de ser de la producción y, cuando la propiedad privada haya desaparecido, los adelantos industriales serán beneficiosos para todo el género humano»? Y no temas por la ciencia: ésta, como la libertad, no puede perecer, y no perecerá en manos de los trabajadores; cuando esas masas hoy sumidas en la ignorancia despierten a la luz de la inteligencia, desarrollada por medio del estudio y del trabajo, la ciencia aplicada tomará vuelos desconocidos y llegará, sin duda alguna, a lo que ni en hipótesis puede hoy entreverse.

* * *

¿Y qué decir al maestro de escuela, ese pedagogo mal pagado de nuestros días? No me refiero ciertamente al ser rutinario que toma su profesión como una carga molesta, sino al que rodeado de un grupo de alegres niños se siente contento por la atmósfera que le rodea y trata de inocular en aquellos cerebros apenas formados las ideas de humanidad que él mismo acarició cuando era joven. Comprendo que sufras cuando el discípulo favorito no da pie con bola en latín; pero observa en cambio su gran corazón, y cómo se entusiasma al recitar la historia de Guillermo Tell, y con qué pasión ha leído los versos de Schiller:

*«Jamás temblé ante el hombre libre
ni ante el esclavo que rompe sus cadenas.»*

Procura desarrollar aquellos gérmenes de libertad, aquel odio contra los tiranos, y esto contrapesará el perpetuo sermón doméstico sobre el necesario respeto al cura, al rey, al juez, la sumisión a los mayores y a todo el atrabiliario

sistema inventado por el autoritarismo para refrenar los impulsos de la libertad y las inquietudes de la inteligencia.

Nuestra misión es sembrar el bien, difundir la luz y, por medio de la instrucción, libre de todos los prejuicios de la rutina, crear corazones que odien la tiranía y desde la infancia maldigan a todos los verdugos y explotadores. La enseñanza no es ese pesado repetir transmitido de una a otra generación, sin sentido crítico, sin variaciones, con la monotonía del péndulo: ésa es la instrucción burguesa, que, cual pesada mole, intenta perturbar las facultades mentales del niño a fin de cercenar en su cerebro todos los impulsos nobles hacia lo grande, lo humanitario y lo bello. La burguesía ha desnaturalizado de tal suerte los cauces donde se desarrollan las facultades del ser que ha logrado convertir lo que debía ser templo de la verdad —la escuela— en presidio, y el que debía ser primer magistrado —el maestro— en carcelero.

Por eso, ayer mismo te han dicho que todos tus mejores discípulos han salido mal. Uno no piensa sino en ser militar; otro ha robado parte del salario de los trabajadores, de acuerdo con el patrón. Ahora comprendes el contraste entre los ideales que enseñas y la vida real. Y en pocos años, después de sufrir muchas desilusiones, acabarás diciendo que Tell era sin duda muy honrado, pero estaba un poco loco; que es muy agradable leer poesía después de trabajar todo el día, pero que los poetas están siempre en las nubes y sus ideas no tienen nada que ver con la realidad... Y acabarás preocupado fundamentalmente por la próxima visita del inspector.

Los ideales de tu juventud son imposibles en la sociedad burguesa. Hay que romper sin vacilaciones ese lecho de Procusto; hay que decidir: o con la burguesía, que te paga mal y te dedica a intoxicar los cerebros infantiles con el veneno de la autoridad, la religión y la propiedad, o al campo socialista, a trabajar con los revolucionarios por la transformación completa del sistema existente, para que un día se pueda educar a la juventud en el verdadero camino de la emancipación del hombre, en las sanas doctrinas de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad.

* * *

Y, por último, tú, joven artista, escultor, pintor, poeta, músico, ¿no ves que el sagrado fuego que inspiró a tus

predecesores ha desaparecido, que el arte es hoy vulgar, supeditado a los gustos de una burguesía adocenada y mediocre? Es lógico. El goce de descubrir un nuevo mundo y bañarse en las fuentes de la naturaleza que inspiró las obras maestras del Renacimiento se ha agotado en nuestros tiempos. El ideal revolucionario no le ha inspirado todavía y, a falta de este ideal, el único racional y verdadero, las artes se han limitado al realismo, que consiste en fotografiar trabajosamente la gota de rocío en la hoja de la planta, imitar los músculos de la pata de un cornúpeta o describir minuciosamente en prosa y verso el aire asfíxico del salón de una meretriz de alto rango.

Pero si esto es así, me preguntarás, ¿qué es lo que debemos hacer? La contestación es muy sencilla: si el fuego sagrado que dices poseer es únicamente un fuego fatuo, entonces continuarás como hasta ahora, y todo tu gusto artístico y tu inspiración degenerarán rápidamente en decorar tiendas, proporcionar libretos para operetas de tercera categoría y escribir cuentos de Navidad; muchos van descendiendo por esta pendiente con gran rapidez... Pero si tu corazón late verdaderamente al unísono con el de la humanidad; si, como verdadero poeta, eres capaz de sentir la vida, entonces, contemplando ese mar de tristezas, frente a gente que perece de hambre, a la vista de esos cadáveres amontonados en las minas y esa aglomeración de cuerpos mutilados en las barricadas, viendo esas interminables cuerdas de deportados que van a enterrarse en las perpetuas nieves de Siberia o en los pantanos tropicales; ante esta desesperada lucha sostenida entre los gritos de dolor de los vencidos y las orgías de los vencedores, entre el egoísmo y la cobardía, entre el valor noble y la astucia cobarde, no puedes permanecer neutral. Vendrás a colocarte al lado de los oprimidos, porque sabes que lo hermoso, lo sublime, el espíritu mismo de la vida están al lado de aquellos que luchan por la luz, por la humanidad, por la justicia.

* * *

Ya te oigo interrumpirme de nuevo. Si la ciencia abstracta es un lujo y la práctica de la medicina una farsa; si la ley respira injusticia y los inventos técnicos no son sino instrumentos de robo; si las enseñanzas de la escuela acaban anuladas por la «vida práctica», y si el arte sin ideal revolu-

cionario sólo puede degenerar, ¿qué me queda a mí por hacer? Te lo diré: un trabajo vasto e importantísimo, en el cual tus acciones estarán en completa armonía con tu conciencia; una empresa capaz de elevar a los caracteres más nobles y generosos.

Hay dos caminos ante ti. O bien olvidar tu conciencia y acabar por decir: «perezca la humanidad con tal que yo tenga muchos placeres y pueda gozarlos hasta el fin, puesto que la gente es lo bastante necia como para permitírmelo», o una vez más se te presentará la inevitable alternativa de unirse a los revolucionarios y luchar con ellos por la completa transformación de la sociedad. Tal es la irrefutable consecuencia del análisis que acabamos de hacer; tal es la conclusión lógica a la que todo hombre inteligente ha de llegar sin remedio, con tal que juzgue imparcialmente lo que pasa a su alrededor, descartando los sofismas que su educación privilegiada y el interés de los que le rodean han deslizado en su oído.

Llegados a esta conclusión, se presenta inevitablemente la pregunta: ¿Qué hacer? La respuesta es fácil: deja el medio en que estás colocado y en el que es habitual hablar del pueblo como de un puñado de brutos; ven a mezclarte con ese pueblo y la contestación surgirá por sí sola.

Encontrarás que en todas partes, Inglaterra, Alemania, Italia, Estados Unidos, allí donde hay una clase privilegiada y otra oprimida, está en marcha un gran movimiento de los trabajadores cuyo objeto es romper para siempre la esclavitud impuesta por el capitalismo y poner los cimientos de una sociedad establecida sobre los principios de justicia e igualdad. Ya no le basta al pueblo con expresar sus dolores en uno de esos cantos cuya melodía traspasa el corazón, como los que cantaban los siervos del siglo XVIII y cantan todavía los aldeanos eslavos. Ahora lucha con sus compañeros por su emancipación, sabiendo lo que hace y a pesar de los obstáculos que encuentra en su camino. Su pensamiento está constantemente ocupado considerando qué hacer a fin de que la vida, en lugar de ser una maldición para las tres cuartas partes de la humanidad, pueda ser un placer para todos; se ocupa de los más arduos problemas de sociología y procura resolverlos con su sentido común, su observación y su triste experiencia; con objeto de ponerse de acuerdo con sus compañeros de infortunio, trata de formar grupos, de organizarse; forma sociedades sostenidas con dificultad por pequeñas suscripciones; procura

hacer pactos con sus compañeros de más allá de las fronteras y preparar el día en que las guerras internacionales sean imposibles de un modo más eficaz que el usado por los filántropos que ahora nos aburren con sus chácharas sobre la paz universal. A fin de conocer lo que hacen sus hermanos, para tener con ellos conexión más íntima y elaborar sus ideas, sostiene, a costa de muchos sacrificios y esfuerzos, su prensa obrera. Al fin, cuando llega la hora, se levanta y, tiñendo el pavimento de las barricadas con su sangre, se lanza a la conquista de esas libertades que los poderosos y satisfechos sabrán después cómo corromper y cómo volver contra el propio pueblo.

¡Qué interminable serie de esfuerzos! ¡Qué trabajo, vuelto continuamente a empezar, unas veces para llenar los huecos dejados por las desertiones, resultado del cansancio, de la corrupción y las persecuciones; otras, para reagrupar las fuerzas, diezmadas por los fusilamientos y matanzas a sangre fría; otras, en fin, para reanudar los estudios bruscamente interrumpidos por una represión a gran escala!

Los periódicos están dirigidos por hombres que se han privado del sueño y alimento para arrancar a la sociedad los conocimientos más elementales; la agitación se sostiene con los céntimos deducidos de la cantidad estrictamente indispensable para sobrevivir; y todo esto se hace bajo la constante amenaza de ver a la familia reducida a la más espantosa miseria tan pronto como el patrón sepa que su trabajador, su esclavo, está contaminado de socialismo.

Esto es lo que verás si te mezclas con el pueblo. Y en esta lucha constante, cuántas veces no se ha preguntado inútilmente el trabajador, agobiado por las dificultades: «¿Dónde están esos jóvenes a quienes se ha educado a nuestra costa, esos jóvenes a quienes alimentamos y vestimos mientras estudiaban? ¿Para quién hemos edificado, agobiados bajo el peso de grandes cargas y con los estómagos vacíos, esos colegios, esas salas de conferencia y esos museos? ¿Para quién hemos impreso, con nuestros rostros demacrados, esos hermosos libros que aún no podemos leer? ¿Dónde están esos profesores que pretenden poseer el saber de la humanidad y para quienes la misma humanidad no vale tanto como un insecto raro? ¿Dónde están los que predicán la libertad y nunca tratan de conquistarla, viéndola constantemente pisoteada bajo sus pies? ¿Dónde esos escritores, esos poetas, esos pintores y toda esa falange de hipócritas

que habla del pueblo con lágrimas en los ojos, pero que jamás viene a ayudar en nuestro trabajo?

¿Dónde están, verdaderamente? Unos se entregan al goce con la más cobarde indiferencia; otros, la mayoría, desprecian a la «canalla» popular y están dispuestos a lanzarse sobre ella si se atreve a tocar uno solo de sus privilegios.

Es verdad que de cuando en cuando viene a nosotros algún joven que sueña con tambores y barricadas y busca impresiones fuertes, pero que deserta de la causa del pueblo en cuanto percibe que el camino de la barricada es largo, el trabajo pesado y las coronas de laureles que han de ganarse en esta campaña están cubiertas de espinas. Generalmente esos son ambiciosos aventureros sin trabajo, que, no habiendo podido ganar los votos del pueblo de otro modo, tratan de sorprender a la gente por este medio, pero que serán después los primeros en denunciarlo cuando el pueblo desee aplicar los principios que ellos mismos habían invocado, y que están incluso dispuestos a volver sus armas contra el proletariado si se atreve a moverse antes de que ellos hayan dado la señal.

Agregad a estos insultos groseros, desprecio absoluto y viles calumnias de parte de la gran mayoría y sabréis la ayuda que el pueblo puede esperar hoy de la mayor parte de los jóvenes de las clases privilegiadas para hacer la revolución social.

Pero aún preguntáis ¿qué haremos? Cuando todo está por hacer, cuando un ejército entero de gente joven encontraría bastante para ocupar todo su vigor y toda su inteligencia y habilidad para ayudar al pueblo en la vasta empresa que ha acometido, preguntáis ¿qué hacemos? Escuchad: vosotros, amantes de la ciencia pura, si estáis penetrados de los principios del socialismo, si habéis comprendido el verdadero significado de la revolución que hoy llama a nuestras puertas, ¿no veis que toda ciencia debe ser rehecha a fin de ponerla en armonía con los nuevos principios, que os corresponde realizar en este terreno una revolución mucho más grande que la que tuvo lugar en todas las ramas de la ciencia durante el siglo XVIII? ¿No comprendéis que la historia, que hoy no es más que un cuento de viejas sobre grandes reyes, grandes estadistas y grandes Parlamentos, tiene que volverse a escribir desde el punto de vista del trabajo hecho por el pueblo en la larga evolución del género humano? ¿Que la economía política, que hoy es puramente la santificación del robo capitalista, tiene que

rehacerse por completo, tanto en sus principios fundamentales como en sus innumerables aplicaciones? ¿Que la antropología, la sociología y la ética deben ser completamente reconstituidas y que las mismas ciencias naturales, miradas desde otro punto de vista, deben sufrir una profunda modificación, lo mismo en lo que se refiere a la concepción de los fenómenos naturales que respecto al método de exposición?

¡Siendo, pues, así, poneos a trabajar! Colocad vuestra capacidad al servicio de la buena causa: ayudadnos especialmente con vuestra clara lógica a combatir los prejuicios y a establecer con vuestra síntesis los cimientos de una organización mejor. Más aún: enseñadnos a perder el miedo en nuestras disquisiciones diarias entre las verdaderas investigaciones científicas, y mostradnos, como hicieron vuestros predecesores, de qué modo los hombres se atreven a sacrificar hasta la vida misma por el triunfo de la verdad.

Vosotros, los doctores, que habéis aprendido el socialismo por una amarga experiencia, no os canséis nunca de decirnos hoy y mañana, en todo tiempo y lugar, que la humanidad misma marcha rápidamente a su decadencia, con las condiciones actuales de vida y de trabajo; que todos vuestros medicamentos serán impotentes contra la enfermedad mientras la mayoría del género humano vegete en condiciones absolutamente contrarias a aquellas que la ciencia considera saludables; convencid al pueblo de que lo que debe combatirse es la causa de las enfermedades, y mostradnos qué debe hacerse para conseguirlo. Venid con vuestro escabelo y diseccionad para nosotros con mano firme esta sociedad que rápidamente marcha a la putrefacción, y decidnos lo que podría y debería ser una existencia racional; insistid, como verdaderos cirujanos, en que un miembro gangrenado debe amputarse cuando puede contagiarse al cuerpo entero.

Vosotros, que habéis trabajado por la aplicación de la ciencia a la industria, venid y decidnos francamente cuál ha sido el resultado de vuestros descubrimientos; convencid a aquellos que no se atreven a marchar resueltamente hacia el porvenir y hacedles ver la cantidad de nuevas invenciones que la ciencia actual lleva ya en su seno, lo que podría hacer la industria bajo mejores condiciones y lo que podría producir el hombre fácilmente si trabajase siempre con el fin de favorecer su propia producción.

Vosotros, poetas, pintores, escritores, músicos, si comprendéis vuestra verdadera misión y los intereses autén-

ticos del arte mismo, venid con nosotros, poned vuestra pluma, vuestro lápiz, vuestro cincel, vuestras ideas al servicio de la revolución. Presentadnos con vuestro elocuente estilo y con vuestros expresivos cuadros la lucha heroica del pueblo contra sus opresores; encended el corazón de nuestra juventud con ese glorioso entusiasmo revolucionario que inflamó el pecho de nuestros antecesores. Decid a las mujeres qué carrera tan gloriosa es la del marido que dedica su vida a la gran causa de la emancipación social. Mostrad al pueblo qué triste es su vida actual, y hacedle tocar con la mano la causa de su desgracia. Decidnos qué racional sería si no se encontrasen a cada paso las locuras e ignominias de nuestro presente orden social.

Finalmente, todos los que poseéis conocimientos, talento, capacidad, técnica, si tenéis un átomo de altruismo en vuestro corazón, venid y poned vuestros servicios a disposición de los que más los necesitan. Y tened presente si venís que no lo hacéis como amos, sino como compañeros en la lucha; que no venís a gobernar, sino a fortaleceros en una nueva vida que se eleva constantemente hacia la conquista del porvenir; que más que a enseñar, venís a recoger las aspiraciones de la mayoría; a adivinarlas, a darles forma y a trabajar sin descanso, con todo el fuego de la juventud y el juicio de la edad madura, para hacerlas posibles en la vida real. Entonces, y solo entonces, llevaréis una existencia verdaderamente noble, completa y racional. Entonces veréis que cada esfuerzo vuestro en este sentido produce frutos en abundancia; y una vez establecida esta sublime armonía entre vuestras acciones y lo que os dicta vuestra conciencia, adquiriréis facultades que nunca soñásteis pudieran estar latentes en vosotros. Luchar incansablemente por el triunfo de la verdad, la justicia y la igualdad entre los hombres, cuya gratitud ganaréis, ¿qué carrera más noble puede desear la juventud de todos los países?

He necesitado tiempo para mostraros a vosotros que pertenecéis a las clases acomodadas que, en vista del dilema que os presenta la vida, os veréis obligados, siendo honrados y sinceros, a venir a trabajar con los socialistas y defender con ellos la causa de la revolución social. Y, sin embargo, ¡qué claro y sencillo es todo esto! Pero cuando uno se dirige a aquellos que han sufrido los efectos del dominio de la burguesía, ¡cuántos sofismas hay que combatir!, ¡cuántos prejuicios que vencer!, ¡cuántas objeciones interesadas que desechar!

Hoy es fácil ser breve al dirigirse a vosotros, jóvenes del pueblo. La fuerza misma de las cosas os impele a ser socialistas, por poco valor que tengáis para razonar y obrar.

Salir de las filas del pueblo y no dedicarse, a ser posible, al triunfo de la revolución es desconocer los verdaderos intereses en juego y abandonar su causa y su verdadera misión histórica.

¿Recuerdas la época en que, niño aún, estabas una tarde de invierno jugando en tu oscuro callejón? El frío penetraba a través de tu ropa ligera y el fango hacía lo mismo por los agujeros de tus viejos zapatos; aun entonces, cuando viste a esos rollizos niños, ricamente vestidos, pasar a cierta distancia y mirarte con desprecio, comprendiste bien claramente que esos muñecos, vestidos de punta en blanco, no eran iguales a ti y a tus amigos en inteligencia, ni en sentido común, ni en energía; pero más tarde, cuando te viste obligado a encerrarte en una sucia fábrica desde las siete de la mañana, para permanecer doce horas al lado de una máquina y, convertido en máquina tú mismo, obligado a seguir día tras día sus movimientos incesantes y monótonos, pudiste comprender que mientras tanto los otros iban tranquilamente a aprender en hermosas academias, escuelas y universidades; y ahora esas mismas criaturas, menos inteligentes, pero más instruidas, han venido a ser tus amos, y gozan de todos los placeres de la vida y de los beneficios de la civilización. Y a ti, ¿qué suerte te espera?

Vuelves a una habitación pequeña, oscura y húmeda, en la que se encuentran amontonados cinco o seis seres humanos, y en la que tu madre, cansada de la vida, envejecida por la fatiga más que por los años, te ofrece pan duro y patatas con un poco de agua sucia llamada por ironía café; y para distraer tu imaginación tienes siempre presente la siguiente pregunta: «¿Cómo podré pagar mañana al panadero y al casero al día siguiente?» Pero ¿es que vas a arrastrar la misma desgraciada existencia que arrastraron tus padres durante treinta o cuarenta años? ¿Vas a trabajar toda tu vida para proporcionar a otros los placeres del bienestar, de la ilustración y del arte y guardar para ti la constante ansiedad respecto a encontrar mañana un pedazo de pan que llevarte a la boca? ¿Abandonarás para siempre todo lo que hace la vida agradable, para dedicarte a proporcionar todas las comodidades a un puñado de holgazanes? ¿Te destruirás trabajando para ser víctima de la miseria cuando

sobrevenga una de esas crisis que por desgracia son tan frecuentes? ¿Es ésta la clase de vida a la que aspiras? Tal vez te das por vencido. No viendo modo alguno de salir de tu situación, tal vez te dices: «Generaciones enteras han sufrido la misma suerte, y yo, que nada puedo alterar, debo someterme también; sigamos, pues, trabajando, y procuremos vivir lo mejor que se pueda.»

Perfectamente. En tal caso, la vida misma te enseñará a golpes. Un día se presentará una crisis de esas que no son ya fenómenos pasajeros, como antes sucedía, sino que destruye toda una industria, que aniquila familias enteras. Luchas, como los demás, contra la calamidad; pero pronto ves cómo tu mujer, tus hijos, tus amigos se debilitan poco a poco a causa de privaciones y sucumben a causa de la falta de alimentos, de cuidados y de asistencia médica, yendo a concluir sus días en un asilo de pobres; mientras que la vida del rico sigue alegre y gozosa en las grandes ciudades soleadas, completamente indiferente a los gritos de angustia de los que mueren de hambre.

Entonces comprenderás cuán repugnante es esta sociedad; reflexionarás sobre las causas de estas crisis, y el examen llegará hasta el fondo mismo de esta abominación que pone a millones de seres humanos a merced de la brutal ambición de un puñado de explotadores; entonces comprenderás que los socialistas tienen razón al decir que nuestra sociedad actual puede y debe ser reorganizada de pies a cabeza.

Mas, pasando de las crisis generales a tu caso particular, supongamos que un día, cuando tu patrón intente, por medio de una nueva reducción del jornal, sacarte algunos céntimos con el fin de aumentar aún más su fortuna, protestes; a lo que te contestará con altanería: «Vete a comer hierba si no quieres trabajar por el salario que te ofrezco.» Entonces comprenderás que tu patrón no sólo trata de esquilmar, como a una oveja, sino que te considera verdaderamente un animal inferior; que, no contando con tenerte sujeto en sus garras por el sistema del salario, trata además de hacerte un esclavo en todos los sentidos. Entonces te rebajarás ante él, quizá, abandonando toda idea de dignidad humana, y acabarás por sufrir todas las humillaciones imaginables. O la sangre se te subirá a la cabeza, te detendrás en la odiosa pendiente en que ibas resbalando, y, encontrándote despedido y en la calle sin trabajo, comprenderás cuánta razón tienen los socialistas cuando dicen:

«¡Rebelaos, levantaos contra esta tiranía económica, porque ella es causa de toda esclavitud!» Entonces vendrás y ocuparás tu puesto en las filas de los revolucionarios, y trabajarás con ellos por la completa destrucción de todas las formas de esclavitud —económica, política y social.

Otro día oirás referir la historia de aquella encantadora muchacha cuyo carácter franco y alegre y cuya conversación animada tanto te gustaban. Después de luchar durante años, sin lograr vencer la miseria, abandonó su pueblo natal para ir a la capital, donde esperaba poder ganarse la vida honradamente. Pero ya sabes su suerte: galanteada por el hijo de un comerciante, se dejó engañar por sus dulces palabras, se entregó a él con la pasión de la juventud y se vio después abandonada con una criatura en los brazos. Pese a su valor, en su desigual lucha contra el hambre y el frío acabó derrotada, en uno de esos hospitales cuyo nombre nadie recuerda... ¿Qué harás? Una vez más, se te presenta el dilema: o desechar ese desagradable recuerdo con la estúpida frase: «No fue la primera, ni será la última»; y tal vez una noche, en la taberna, con tus amigos, ultrajarás la memoria de la infeliz muchacha con un cuento obscuro. O, por el contrario, serás fiel al recuerdo del pasado, buscarás al infame seductor para escupirle en el rostro y, reflexionando sobre estos casos habituales, comprenderás que nunca cesarán en tanto la sociedad esté dividida en dos campos, el de los desgraciados y el de los perezosos; comprenderás que ya es hora de concluir con esta división y correrás a colocarte entre los revolucionarios.

Y vosotras, mujeres del pueblo, ¿habéis oído sin conmoveros estos tristes relatos? Mientras acariciáis a esa linda criatura en vuestros brazos, ¿no pensáis en la suerte que le espera si no cambian las actuales condiciones de la sociedad? ¿No reflexionáis sobre el porvenir de vuestras hermanas y vuestros hijos? ¿Queréis que éstos también vegeten como lo hicieron vuestros padres, sin más ocupación que la de buscar el pan diario ni más placer que el de la taberna? ¿Queréis que estén a merced del primer advenedizo que herede de sus padres el capital con que explotarlos? ¿Os avendréis a que sigan siempre esclavos? ¡No, nunca! Sé que se os ha encendido la sangre al oír que vuestro marido, después de entrar en una huelga lleno de entusiasmo y decisión, ha terminado por aceptar las condiciones dictadas por el orgulloso burgués en tono despectivo. Sé que habéis

admirado a esas mujeres españolas que en un alzamiento popular han presentado el pecho a las bayonetas de los soldados opresores. Y estoy convencido de que vuestro corazón late con violencia cuando leéis cómo se reunían bajo una lluvia de balas las mujeres de París para animar a los hombres durante la Comuna y estimular su valor. También vosotras concluiréis por reunir os con los que trabajan por la conquista del porvenir.

Cada uno de vosotros, pues, jóvenes honrados, hombres y mujeres, trabajadores del campo y de las fábricas, artesanos y soldados, comprenderéis cuáles son vuestros derechos y os vendréis con nosotros, a fin de luchar con vuestros hermanos por esa revolución que, barriendo todo vestigio de esclavitud, destruyendo colgaduras y cadenas y rompiendo con gastadas tradiciones, abra a todo el género humano un nuevo y ancho campo de existencia feliz, estableciendo al fin la verdadera libertad, igualdad y fraternidad en toda la sociedad humana. Todos, al fin, trabajarán y gozarán de los frutos de su trabajo, desarrollarán plenamente sus facultades y llevarán una vida racional, humana y feliz.

Que no se diga que nosotros, por ser un grupo poco numeroso, somos demasiado débiles para conseguir el magnífico fin a que aspiramos. Contad y ved cuántos somos los que sufrimos esta injusticia. Nosotros, los trabajadores del campo, que nos consumimos para otros, que mascamos la paja mientras nuestro amo se come el trigo, nosotros solos somos millones de hombres, somos tan numerosos que formamos la masa del pueblo. Nosotros, los obreros de las fábricas, que tejemos terciopelos y sedas para poder cubrirnos de harapos, también somos una gran multitud, y cuando la sirena de la fábrica nos deja un momento de reposo invadimos las calles y plazas como el mar en las grandes mareas de verano. Nosotros, los soldados, que nos vemos dirigidos por gritos de mando, o por golpes, y que recibimos los balazos por los que nuestros oficiales ganan cruces y pensiones, nosotros, también, pobres locos a los que no se ha enseñado nada mejor que disparar contra nuestros hermanos, lo único que tenemos que hacer es dar un paso al frente hacia esos personajes emplumados y revestidos que tan bien nos mandan para ver cómo una palidez mortal se extiende sobre sus rostros.

¡Ahí! Todos juntos, los que sufrimos y somos insultados diariamente, formamos tal multitud que ningún hombre

puede contarla; somos el Océano, que lo abraza e invade todo. Nos basta querer para que se haga la justicia y todos los tiranos de la tierra muerdan el polvo. Nos basta querer para que la revolución social acabe con todas las infamias y todos los privilegios.

LA GUERRA

El texto siguiente procede también de Paroles d'un révolté, y, por tanto, previamente debió aparecer como serie de artículos en Le Révolté, entre 1879 y 1882, aunque desconocemos su fecha exacta. Tampoco sabemos de edición española ni francesa como folleto independiente. En inglés se publicó en 1886 en Londres por H. Seymour. En España apareció en dos entregas en El Porvenir del Obrero, de Mahón, el año 1901, y posteriormente en la traducción española de Palabras de un rebelde, de donde está tomada esta versión —íntegra— con correcciones a partir del texto francés.

Kropotkin liga, en un texto breve pero de argumentación eficaz, las guerras con el sistema económico capitalista, en vez de con cualquier otro rasgo de la sociedad burguesa; como en El gobierno representativo, podría verse en La Guerra una influencia marxista en Kropotkin, aunque sus análisis económicos, especialmente en lo referente a la superproducción más el subconsumo de los proletarios de los países imperialistas como causa de las crisis —y de las guerras—, son simples y se encontrarían quizá en la línea de un Henry George.

Triste es el espectáculo que ofrece Europa en este momento, pero edificante al mismo tiempo. De un lado, un trajín extraordinario de diplomáticos y cortesanos que aumenta visiblemente cada vez que el viejo continente empieza a oler a pólvora. Se hacen y deshacen alianzas; se regatea, se vende el rebaño humano para asegurarse las alianzas: «Tantos millones de cabezas garantiza nuestra casa a la suya; tantas hectáreas para pastar; tantos puertos para exportar sus lanas»; y se esfuerzan por engañarse en el mercado como vulgares mercachifles. Es lo que se llama, en la jerga política, diplomacia.

De otro lado, armamentos y más armamentos. Cada día se hacen nuevos descubrimientos para matar mejor a nues-